

el día siguiente, conviniéndose en que se celebraría la entrevista en el espacio que separaba Ancira del campamento de los galos. A la hora indicada marchó allá el cónsul con quinientos caballos de escolta, y no viendo acudir á nadie, regresó á su campamento; poco después llegaron los mismos legados galos para excusar á sus jefes, retenidos, según decían, por motivos religiosos; iban á venir los principales de la nación (1) y podría tratar con ellos. El cónsul dijo que, por su parte, enviaría á Atalo, y por una y otra parte acudieron ahora, escoltando á Atalo trescientos caballos. Establecieron las condiciones; pero no pudiendo terminarse el convenio en ausencia de los jefes, decidióse que al día siguiente el cónsul y los príncipes galos se avistarían en el mismo sitio. La falta de puntualidad de los galos tenía doble objeto; primero, ganar tiempo para poner en seguridad sus objetos con sus mujeres é hijos al otro lado del río Haly, y segundo, hacer caer al cónsul, que no estaba prevenido contra la perfidia de la conferencia, en el lazo que le tendían. Con este objeto eligieron mil jinetes cuya audacia era conocida, y la traición que habría triunfado si la fortuna no hubiese defendido al derecho de gentes que trataban de violar. Un destacamento romano que había salido en busca de forraje y de leña, se dirigió al punto donde debía celebrarse la entrevista, creyéndose en seguridad los tribunos bajo la protección de la escolta del cónsul y á la vista del cónsul mismo; pero no por esto dejaron de colocar cerca del campamento otro cuerpo de seiscientos caballos. El cónsul, ante las seguridades de Atalo de que acudirían á la entrevista los jefes galos y que se podría con-

(1) Según Strabón, cada tetrarca tenía á sus órdenes un juez, un comandante y dos tenientes de este comandante. Estos cuatro jefes formaban un consejo aparte del general de los tribunos, que entendía en todos los hechos criminales.

venir, salió del campamento y se puso en marcha con la misma escolta de caballería que la primera vez. Había recorrido cerca de una milla y estaba muy poco del punto de la cita, cuando de pronto vió venir á toda brida á los galos que le atacan como enemigos. Hizo alto, mandó á sus jinetes preparar la lanza y el ánimo y se quitó valerosamente el combate sin retroceder; pero agobiado por el número, al fin cede despacio y sin confusión en sus filas. Al fin, llegando á ser más peligrosa la resistencia que saludable el buen orden, todos se desbandan y emprenden precipitada fuga. Los galos persiguen á los fugitivos con la espada levantada y matan muchos; casi todos iban á quedar exterminados cuando se presentan de pronto los forrajeros y seiscientos jinetes, quienes á los angustiosos gritos de sus compañeros habían montado á caballo y empuñado las lanzas. Presentáronse descansados á hacer frente á enemigos victoriosos, y en seguida cambió la fortuna; el espanto pasó de los vencidos á los vencedores y el primer ataque pone á los galos en derrota. Al mismo tiempo acuden forrajeros de toda la campiña. Los galos se encuentran rodeados de enemigos; quedan ocupados los caminos, la fuga es casi imposible, estrechados como están por una caballería descansada y encontrándose ellos fatigados; así fué que escaparon muy pocos, no haciendo prisioneros porque todos pagaron su perfidia con la muerte. Inflamados de cólera los romanos, marcharon á la mañana siguiente con todas sus fuerzas en busca del enemigo.

Dos días empleó el cónsul en reconocer personalmente la montaña, para no dejar escapar nada: el tercer día, después de consultar los auspicios y sacrificado víctimas, dividió sus fuerzas en cuatro cuerpos: dos debían subir por el centro de la montaña y dos marcharían por los costados sobre los flancos de los galos. La fuerza

principal de los enemigos la formaban los tectosagos y los trocmios, que ocupaban el centro en número de cinco mil. La caballería, inútil en medio de peñascos y precipicios, había desmontado en número de diez mil hombres y tomado posición en el ala derecha. Los auxiliares de Ayarato, rey de Capadocia, y de Morzo, ocupaban la izquierda, en número de cuatro mil próximamente. El cónsul, como en el monte Olimpo, colocó delante las tropas ligeras, cuidando de que tuviesen al alcance provisión de dardos de toda clase. Cuando llegaron á las manos todo pasó al principio como en la primera batalla; solamente estaban cambiados los ánimos, enardecidos en unos por la victoria y abatidos los otros porque, no habiendo sido vencidos ellos mismos, los enemigos se asociaban en la derrota á sus compañeros, y el combate trabado bajo los mismos auspicios tuvo idéntico resultado. Como caía sobre el ejército galo una nube de ligeros venablos, y avanzar fuera de las filas era exponerse al descubierto á los golpes, ninguno se atrevió á hacerlo. Estrechados los unos contra los otros, cuanto más compacta era la masa, mejor servía de blanco á los tiradores y todos los golpes herían. Viendo el cónsul casi derrotado al enemigo, creyó que bastaba mostrar las enseñas de las legiones para que en seguida se declarase la fuga, y mandando volver á las filas á los vélites y demás auxiliares, hizo avanzar las legiones.

Perseguidos los galos por el recuerdo de los tolistoboyos degollados, con el cuerpo acribillado de dardos clavados en la carne, ni siquiera resistieron contra el primer choque y gritos de los romanos. Todos huyeron hacia el campamento, pero muy pocos se refugiaron detrás de los parapetos, sino que la mayor parte, dominados por el aturdimiento, corrieron por derecha é izquierda. Los vencedores empujaron al enemigo hasta el

campamento, pero la codicia les retuvo allí, quedando completamente abandonada la persecución. En las alas resistieron más tiempo los galos, porque les alcanzaron más tarde, pero no esperaron ni la primera descarga de dardos. No pudiendo el cónsul arrancar del pillaje á los que habían entrado en el campamento, puso en seguida las alas en persecución del enemigo. Siguiéronle durante algún tiempo, pero no hubo más de ocho mil hombres muertos en la persecución, y no diré combate porque no lo hubo. El resto cruzó el Halys. La mayor parte de los romanos pasó la noche en el campamento enemigo y otros regresaron con el cónsul á su campamento. A la mañana siguiente se hizo el recuento de prisioneros y botín: éste era inmenso, constituyéndolo todo lo que una nación ávida, dueña durante mucho tiempo por derecho de conquista de toda la comarca á este lado del monte Tauro, había podido reunir. Los galos dispersos se reunieron en un mismo punto, heridos casi todos, sin armas y sin ningún recurso. Desde allí enviaron á pedir la paz al cónsul. Manlio los citó en Efeso, y como se encontraban ya á mediados de otoño, teniendo prisa por abandonar un país helado por la proximidad del monte Tauro, llevó su ejército victorioso hacia las costas para invernar allí.

Mientras ocurrían en el Asia estas cosas, reinaba tranquilidad en las otras provincias. En Roma, los censores T. Quincio Flaminio y M. Claudio Marcelo hicieron el censo del Senado (1). Nombróse por tercera vez prin-

(1) Cada cinco años, los censores leían en alta voz en el Senado la lista de los senadores. Los que se habían hecho indignos de aquel rango, ó habían disminuido su caudal á menos de lo exigido, se consideraban excluidos cuando no se citaba su nombre. Estas exclusiones, algunas veces arbitrarias, daban lugar en muchas ocasiones á odios implacables; pero no deshonraban, sin embargo, como una condenación por juicio, ni eran irrevocables sus efectos.

cipe del Senado á P. Escipión el Africano, solamente se borraron cuatro nombres y ninguno de ellos había gozado de los honores curules. El orden de los caballeros se sometió también á una censura muy suave. Contratóse la construcción de un edificio en la plaza Equitima, que lleva al Capitolio, y el pavimento del camino que va desde la puerta Capena (1) á la de Marte. Los campanios pidieron al Senado que se hiciese su censo (2), y el Senado decretó que se hiciese en Roma aquel censo de los campanios. En este año ocurrieron considerables avenidas: el Tíber inundó doce veces el campo de Marte y los barrios bajos de la ciudad. Habiendo terminado Cn. Manlio la guerra de Asia contra los galos, y estando sometida la Etolia, el otro cónsul M. Fulvio pasó á la isla de Cefalonia, y mandó preguntar á las ciudades si preferían entregarse á los romanos ó correr las vicisitudes de la guerra. El terror hizo que por todas partes se adoptase el partido de la sumisión, y se exigieron rehenes en proporción de la debilidad del país, dándolos en número de veinte Nesiota, Cránio, Palense y Samea. Comenzaba á reinar en Cefalonia inesperada paz, cuando una ciudad, Samea, sin saber por qué, se separó de pronto de los romanos. «La ventajosa posición de su ciudad, decían los habitantes, les hacía temer que los romanos les obligasen á abandonarla.» Ignórase si aquel temor se les ocurrió naturalmente, si por imaginario escrúpulo renunciaban á la paz, ó si era un rumor que de Roma había llegado hasta ellos; pero sea como quiera, apenas habían entregado

(1) Esta puerta no llevaba á Capena, sino á la Via Appia. Hoy es la puerta de San Sebastián.

(2) Desde que Capua quedó sometida al yugo, no formaba ya cuerpo municipal, ni tenía Senado, ni asamblea del pueblo, encontrándose en el número de las ciudades llamadas *praefecturae*.

los rehenes, cerraron las puertas, sin que los ruegos de aquellos desgraciados, enviados por el cónsul al pie de las murallas para que interesasen á sus parientes y amigos, pudieran hacerles cambiar de resolución. El cónsul puso sitio cuando vió que rechazaban la paz. Máquinas y aparatos de guerra, todo lo había hecho venir desde Ambracia, y los soldados terminaron muy pronto los trabajos necesarios. El ariete comenzó en seguida á trabajar en dos puntos.

Nada omitieron los sameos de cuanto podía contrarrestar á las máquinas ó sitiadores, dándoles resultado principalmente dos medios: el primero reemplazar inmediatamente una muralla destruída con otra nueva colocada á la espalda é igualmente fuerte; el otro hacer repeatinas salidas, en tanto contra las obras, en tanto contra los puestos enemigos, consiguiendo ventajas casi siempre en estos ataques. Para mantenerles en respeto acudieron á un expediente que no tiene grande importancia; trajeron cien honderos de Egio, de Patras y de Dimo, gentes acostumbradas desde la infancia, según el uso de su país, á lanzar con hondas sobre la superficie del mar los guijarros que se encuentran en las playas entre la arena. Estos manejan la honda desde más lejos, con vista más segura y brazo más firme que los honderos baleares; además la honda no está formada de una sola correa, como en las islas Baleares y otros puntos, sino de tres tiras de cuero reunidas con muchas costuras, para que la piedra no se incline al borde ni se mueva en el momento de lanzarla, sino que quede bien sentada en el movimiento de rotación y salga como una flecha. Acostumbrados á tirar desde lejos á blancos pequeños, no solamente herían al enemigo en la cabeza, sino en el punto de la cara á que apuntaban. Aquella terrible arma impidió á los sameos hacer sus frecuentes y audaces salidas, llegando hasta suplicar desde lo

alto de las murallas á los aqueos que se mantuviesen á distancia y permaneciesen tranquilos espectadores de sus combates con los romanos. Durante cuatro meses resistió el sitio Samea. El número de los sitiados, poco considerable ya, aminoraba diariamente por la muerte y las heridas, y los que quedaban estaban extenuados de cuerpo y de espíritu. Al fin escalaron los romanos una noche la fortaleza llamada Cyatis (porque la ciudad, inclinada sobre el mar, mira á Occidente) y desembocaron en el Foro. Viendo los sameos una parte de su ciudad en poder del enemigo, se refugiaron con sus mujeres é hijos en la fortaleza principal, rindiéndose al día siguiente. La ciudad fué saqueada y los habitantes vendidos en subasta.

Habiéndolo terminado todo el cónsul en Cefalenia, puso guarnición en Samea y pasó al Peloponeso, donde desde mucho antes le llamaban los habitantes de Egio y Lacedemonia: desde el principio de la liga aquea había sido siempre Egio el punto de reunión de las asambleas nacionales, privilegio concedido á la dignidad ó favorable posición de la ciudad. Filopemeno quería, por primera vez aquel año, separarse de la costumbre, y preparaba una ley para que todas las ciudades de la confederación aquea fuesen sucesivamente punto de reunión de la asamblea. Antes de la llegada del cónsul, mientras los damiurgos, magistrados principales de las ciudades, convocaban para Egio, Filopemeno, pretor entonces, citaba en Argos. Previendo el cónsul que la asamblea se reuniría en esta última ciudad, marchó á ella, aunque muy inclinado en favor de Egio. Discutióse, y viendo que iba á triunfar Filopemeno, desistió de su proyecto. También llamaron su atención los debates de los lacedemonios. Muy inquieta tenían á esta ciudad los desterrados, cuya mayor parte habitaban fortificaciones por el lado de Laconia, recientemente arrebatada al do-

minio lacedemonio. Impacientes los de Lacedemonia, y queriendo tener por algún lado libre salida al mar, para el caso de que tuviesen que enviar legaciones á Roma ó á otros puntos, y al mismo tiempo para tener un puerto, un mercado de géneros extranjeros que necesitaban, marcharon de noche á un pueblo marítimo llamado Las, apoderándose de él por sorpresa. Los habitantes del pueblo y los desterrados que moraban allí quedaron al pronto consternados; pero al amanecer se reunieron, y después de débil resistencia, arrojaron á los lacedemonios. Sin embargo, el terror se apoderó de toda la costa, y fortaleza, pueblos, desterrados establecidos en aquel país, todos juntos enviaron legados á los aqueos.

El pretor Filopemeno, partidario desde muy antiguo de la causa de los desterrados, y que no cesaba de exhortar á los aqueos á disminuir el poder é influencia de los lacedemonios, recibió en el consejo las quejas de los legados é hizo decretar «que habiendo sido encargados los aqueos por T. Quincio y los romanos de custodiar las fortificaciones y pueblos de la costa de Laconia, y debiendo los lacedemonios, según el tratado, respetar aquella costa, habiendo sitiado el pueblo de Las y degollado á los habitantes, deberían ser entregados á los aqueos los autores y cómplices del atentado, sin lo cual quedaría violado el tratado.» En seguida se envió una legación á Lacedemonia para reclamar los culpables. Los lacedemonios vieron en esto una orden tan arrogante y tiránica, que si se hubiesen encontrado en los tiempos de su antiguo esplendor, indudablemente en el acto habrían acudido á las armas. Atormentábase especialmente el temor de que, obedeciendo á las primeras órdenes, recibían el yugo y facilitaban el proyecto que desde mucho antes tenía Filopemeno de entregar Lacedemonia á los desterrados. Dominados por el te-

ror, degollaron treinta conciudadanos suyos que mantenían inteligencias con Filopemeno y los desterrados, renunciaron por un decreto á la alianza de los aqueos y enviaron en seguida legados á Cefalea para entregar Lacedemonia á los romanos y rogar al cónsul M. Fulvio que fuese al Peloponeso á recibir su sumisión.

Oído el relato de sus legados, los aqueos, de acuerdo con las ciudades de la liga, declararon la guerra á los lacedemonios, impidiendo solamente el invierno que entrasen en campaña en el acto. Sin embargo, excursiones, tanto terrestres como marítimas, que antes parecían latrocinios que hostilidades, llevaron la desolación á las fronteras enemigas. Estas turbulencias trajeron al cónsul al Peloponeso; convocóse por orden suya la asamblea en Elis, y á su seno se llamó á los lacedemonios para que defendiesen su causa; ocurriendo, no discusión, sino verdadero altercado. El cónsul que, con su destreza para manejar los dos partidos, había contestado hasta entonces con evasivas, cortó el debate con el mandato terminante de no apelar á las armas hasta que se hubiesen enviado legados al Senado romano. Enviaronlos por ambas partes, entregando también su causa y su defensa á los aqueos los desterrados de Lacedemonia. Diófanos y Lycortas, ambos megalopolitanos, marcharon al frente de los legados aqueos; pero divididos en su patria, en aquella circunstancia su lenguaje fué también contradictorio. Diófanos hacía al Senado árbitro soberano del litigio, siendo quien mejor podía dirimir las cuestiones entre los aqueos y los lacedemonios. Lycortas, siguiendo las instrucciones de Filopemeno, pedía que los aqueos, según los términos del tratado y en conformidad con sus leyes, fuesen libres, después de haber dado un decreto, para asegurar su ejecución, reclamando plena y completa la libertad que tenían del mismo Senado. Considerable era entonces en Roma

el crédito de la liga aquea; pero no querían cambiar nada en la situación de Lacedemonia. Por esta razón dieron una respuesta bastante obscura para que los aqueos imaginasen que todo se les permitía relativamente á los lacedemonios, y á los lacedemonios que no se les permitía todo. Los aqueos abusaron insolentemente de aquella libertad.

Filopemeno continuó en su magistratura, y al comenzar la primavera reunió el ejército y marchó á acampar en las fronteras de los lacedemonios; en seguida envió legados para reclamar los autores de la ruptura, prometiendo dejar la ciudad en paz, si obedecían la intimación, ni hacer nada contra los delincuentes sin escucharlos. El miedo impuso silencio: los acusados, designados nominalmente, declararon que irían bajo la palabra de los legados de que no se pondría mano en ellos hasta que hubiesen presentado su defensa. Con ellos marcharon algunos ciudadanos ilustres, defensores de una causa que consideraban como de la república. Hasta entonces jamás habían llevado con ellos los aqueos á los desterrados al territorio de Lacedemonia, convencidos de que nada como esto podía enajenarles las voluntades; pero ahora, casi todo el frente del ejército lo formaban los desterrados. Al llegar los lacedemonios, corrieron á su encuentro á las puertas del campamento y comenzaron por llenarlos de denuestos; promoviéndose un altercado y los desterrados más fogosos, ardiendo en cólera, se lanzaron sobre los lacedemonios. Invocan éstos á los dioses y la palabra de los legados, y los legados y el pretor separan á la multitud, rechazando las cadenas con que quieren cargarles, pero el desorden y el tumulto aumentan. Al pronto acuden los aqueos para enterarse; los desterrados recuerdan á gritos todo lo que han sufrido, piden rigor, aseguran que jamás se presentará tan excelente ocasión si no aprovechan aque-

Ha; que los lacedemonios habían hollado el tratado que se juró en el Capitolio, en Olimpia y en la fortaleza de Atenas, y que antes de sujetarles con otro tratado, era necesario tomar venganza de su primer crimen. Estos gritos enardecieron á la multitud: exclama una voz que es necesario herir: vuelan piedras, y diez y siete desgraciados, sujetos entre la multitud, perecen bajo los golpes; otros sesenta y tres fueron presos á la mañana siguiente: eran éstos los que libró el pretor de la violencia, no porque quisiera salvarles, sino para impedir que les matasen sin oírles. Entregados á una multitud exasperada, apenas pronuncian algunas palabras, no les escuchan, les condenan á todos y los llevan al suplicio.

Infundido el terror, mandaron á los lacedemonios que derribasen sus murallas, que expulsaran de la Laconia á todos los mercenarios extranjeros á sueldo de los tiranos, y que devolvieran también en un plazo que se fijaba todos los esclavos liberados por los tiranos (el número era considerable): si permanecían allí los aqueos podrían prenderles, venderles ó llevárselos: que abrogasen las leyes y las instituciones de Licurgo y se conformasen con las leyes é instituciones de los aqueos, para que toda la liga formase un solo cuerpo y pudieran convenir mejor en todas las cuestiones. Lo que menos les costó fué la destrucción de las murallas, y lo más difícil para ellos el llamamiento de los desterrados. Un decreto que dió en Tegea la asamblea general de los aqueos dispuso su restablecimiento. Enterados de que los mercenarios despedidos y los esclavos puestos en el número de los ciudadanos (designábase así á los esclavos manumitidos por los tiranos) al salir de la ciudad se habían desparramado por los campos, el pretor, antes de disolver el ejército, partió con las fuerzas ligeras, se apoderó de aquella gente y la vendió como

por derecho de guerra. Tanto fueron los vendidos, que por confesión de los aqueos, el producto sirvió para levantar en Megalópolis el pórtico que los macedonios habían derribado. El territorio de Belbinato, injustamente acaparado por los tiranos de Lacedemonia, se devolvió á la misma ciudad, en virtud de un decreto antiguo de los aqueos, dado bajo el reinado de Filipo, hijo de Amyntas. Desmembrada de esta manera, la ciudad de Lacedemonia permaneció mucho tiempo bajo la dependencia de los aqueos; pero nada la quebrantó tanto como la abolición de las leyes de Licurgo, bajo cuyo imperio había vivido durante setecientos años. Al salir de la asamblea en que, ante el cónsul se había debatido el asunto de los aqueos y lacedemonios, M. Fulvio, cuya amabilidad tocaba ya á su fin, marchó á Roma para los comicios, é hizo nombrar cónsules á M. Valerio Messala y C. Livio Salinator, con exclusión de M. Emilio Lépidio, que era enemigo suyo y candidato aquel año. Nombraron en seguida pretores á Q. Marcio Filipo, M. Claudio Marcelo, C. Stertino, C. Atinio, P. Claudio Pulquer y L. Manlio Acidino. Terminados los comicios, recibió orden el cónsul M. Fulvio de regresar á su provincia y ponerse al frente de su ejército, prorrogándosele el mando por un año, lo mismo que á su colega Cn. Manlio. Aquel mismo año colocó P. Cornelio, por acuerdo de los decenviros, en el templo de Hércules, una estatua de este dios y en el Capitolio un carro dorado con seis caballos. Como decía la inscripción, la ofrenda era del cónsul. Los ediles curules P. Claudio Pulquer y Ser. Sulpicio Galba ofrecieron doce escudos dorados con el producto de las multas impuestas á los proveedores por haber acaparado el grano. El edil plebeyo Q. Fulvio Flaco consagró también dos estatuas doradas con el dinero procedente de una sentencia. A. Cecilio no había condenado á nadie

(acusaban separadamente) (1). Celebráronse tres veces los juegos romanos y cinco los plebeyos. Los cónsules M. Valerio Messala y C. Livio Salinátor, que entraron en funciones en los idus de Marzo, pusieron á deliberación los asuntos de la república, las provincias y los ejércitos. En cuanto á la Etolia y al Asia no hubo cambio alguno. Los cónsules debían recibir como provincias, el uno Pisa con la Liguria y el otro la Galia, distribuyéndolas amistosamente ó por sorteo; en cuanto á las tropas, recibieron orden de levantar cada uno dos legiones nuevas y tomar de los aliados del nombre latino quince mil hombres de infantería y mil doscientos caballos cada cónsul. A Messala tocó la Liguria, á Salinátor la Galia. Los pretores sortearon las suyas en seguida, tocando á M. Claudio la jurisdicción urbana, á P. Claudio la de los extranjeros, á Q. Marcio la Sicilia, á C. Stertínio la Cerdeña, á L. Manlio la España citerior y á C. Atinio la ulterior.

Los ejércitos quedaron repartidos de esta manera: las legiones de la Galia que habían servido bajo C. Livio pasaron al Brucio á las órdenes del própretor M. Tuccio: el ejército de Sicilia quedó licenciado, y el própretor M. Sempronio llevó la flota á Roma. Las dos legiones que se encontraban en España debían continuar en ella, recibiendo cada una un aumento de tres mil peones y doscientos caballos, estando autorizados los pretores para tomarlos de los aliados y llevarlos con ellos. Antes de la marcha de los nuevos magistrados para sus provincias, el colegio de decenviros decretó tres días de rogativas en todas las encrucijadas á causa de un eclipse de sol que ocurrió entre la tercera y cuarta hora del día. También decretó un novendial por una lluvia de piedras que cayó en el monte Aventino. Los cam-

(1) Ordinariamente los ediles acusaban juntos.

panios, á quienes había obligado un senatus-consulto del año anterior á ingresar en el censo de Roma (1), porque hasta entonces habían ignorado dónde inscribirse, pidieron el derecho de casarse con romanas, la validez de los matrimonios contraídos antes de aquella época y el reconocimiento de los hijos nacidos de estos matrimonios, como tales hijos y herederos legítimos: accedióse á las dos peticiones. El tribuno del pueblo C. Valerio Tappo propuso conferir el derecho de sufragio á los municipios de Formiano, Fundano y Arpino, que hasta entonces no habían tenido el derecho de ciudadanía. Los cuatro tribunos del pueblo combatieron esta proposición porque no había recibido el consentimiento del Senado; pero se les demostró que pertenecía al pueblo y no al Senado la facultad de conceder el derecho de sufragio á quien quisiera, y desistieron de la oposición. Decretóse, pues, que los de Formiano y Fundano votarían con la tribu Emilia y los de Arpino con la Cornelia, en virtud de la ley Valeria; clasificándose por primera vez á unos y á otros en estas dos tribus. El censor M. Claudio Marcelo, preferido por la suerte á T. Quincio, tuvo el honor de cerrar el lustro (2). El censo arrojó ciento cincuenta y ocho mil trescientos diez y ocho ciudadanos. Después de la clausura del lustro, los cónsules marcharon á sus provincias.

Durante el invierno en que ocurrieron estas cosas en Roma, C. Manlio, primeramente cónsul y después pro-

(1) Al inscribir el Senado á los campanios en la lista de los habitantes de Roma, había tenido por objeto reparar las pérdidas que había hecho experimentar á la población la guerra y el envío de numerosas colonias establecidas los años anteriores.

(2) Terminado el censo, uno de los censores, y anteriormente los dos á la vez, cerraba el lustro ofreciendo el sacrificio expiatorio llamado *suoveturilia*, cuyas víctimas eran un macho cabrío, un carnero y un toro. Este sacrificio se hacía siempre en el Campo de Marte.

cónsul, invernando en Asia, recibió legaciones de todas las ciudades y pueblos de este lado del monte Tauro; porque si la victoria conseguida sobre Antioco era más brillante y gloriosa para los romanos, la derrota de los galos era más agradable para los aliados que la de Antioco. El despotismo real había sido más tolerable que la salvaje dominación de aquellos bárbaros indómitos que tenían alarmada siempre el Asia y cuyos estragos recorrían los campos como el huracán. Debían, pues, la libertad á la expulsión de Antioco, y la paz á la sumisión de los galos, y se presentaban á traer con sus solicitudes coronas de oro, cada cual según sus medios. Antioco y los mismos galos habían enviado también legados para recibir las condiciones del vencedor, y Ariarato, rey de Capadocia, para humillarse y pagar con dinero la falta que había cometido al prestar socorros á Antioco. Pidiéronle seiscientos talentos de plata; y á los galos contestaron que á la llegada del rey Eumeno sabrían á qué atenerse; los legados de las ciudades obtuvieron contestaciones benévolas, regresando más contentos que vinieron. En cuanto á los legados de Antioco, recibieron orden de hacer llevar los granos y las cantidades que fijó L. Escipión á la Pamfilia, adonde iba á trasladarse el ejército. En efecto, en los primeros días de la primavera, el procónsul revistó sus tropas y se puso en marcha, llegando á Apamea al cabo de ocho días. Detúvose allí tres días, y en otros tres se trasladó desde Apamea á la Pamfilia, adonde había citado á los legados del rey con los granos y el dinero. Entregáronle mil quinientos talentos de plata, que mandó llevar á Apamea, distribuyendo el trigo á los soldados. Desde allí marchó á Perga, único punto de aquel país donde había guarnición. Al acercarse el ejército, el prefecto se presentó á pedir treinta días de plazo para recibir las órdenes de Antioco; concediéron-

selos y cuando terminó el plazo, se marchó la guarnición. Desde Perga envió el procónsul á su hermano L. Manlio con cuatro mil hombres á Oroanda para reclamar el resto de las cantidades estipuladas en el tratado; y él mismo, á la noticia de la llegada de Eumeno y de diez comisarios romanos á Éfeso, mandó á los legados de Antioco que le siguiesen y llevó su ejército á Apamea. Por acuerdo de los diez comisarios se firmó allí un tratado con Antioco, en estos términos: «Ajústase alianza entre el rey Antioco y el pueblo romano en estas condiciones: A ningún ejército que marche contra el pueblo romano ó sus aliados concederá el rey paso por sus tierras ni por las de los pueblos que de él dependan, ni víveres ni socorros de ningún género; obligándose á lo mismo los romanos y sus aliados relativamente al rey Antioco y pueblos que de él dependan. Prohibiase á Antioco hacer la guerra á los habitantes de las islas y pasar á Europa. Antioco evacuaría las ciudades, campos, pueblos y fortalezas de este lado del monte Tauro hasta el río Halys y desde el valle del Tauro hasta la cadena que mira á la Licaonia. No sacaría ningún arma de las plazas, territorios y fortalezas que tenía que evacuar; si sacaba alguna, tendría que restituirla. No recibiría en sus estados ningún soldado ni súbdito del rey Eumeno. En un plazo marcado deberían regresar á Apamea todos los habitantes de las ciudades separadas que se encontrasen con Antioco ó en sus estados. Los súbditos de Antioco que se encontrasen en Roma ó en territorio de sus aliados, quedaban en libertad para marchar ó quedarse. Deberían devolverse á los romanos y sus aliados los esclavos fugitivos ó prisioneros de guerra, prisioneros ó desertores de condición libre. Entregaría el rey todos sus elefantes sin poder adquirir otros. Habría de entregar también todas sus naves



largas, y no podría tener más de diez actuarias (1) y ninguna de más de treinta remos, y ninguna *menore* en la guerra en que fuese agresor. No podría navegar más allá de los promontorios Calycadno y Serpedón, excepto cuando el caso en que las naves llevasen dinero, tributos, legados ó rehenes. Prohibíase al rey Antioco, que levantara tropas mercenarias en las naciones sometidas al dominio del pueblo romano y hasta recibir voluntarios de estas naciones. Las casas y edificios que los rodios y sus aliados poseen en territorio de Antioco, pertenecerán, como antes de la guerra, á los que tienen derecho sobre ellos, á los rodios y á sus aliados. Los acreedores podrán reclamar las cantidades que se les adeudan; en caso de sustracción, cada cual podrá buscar, reconocer y reclamar lo que le pertenezca. Si á alguna ciudad de las que tiene que entregar Antioco se encuentra en poder de los pretores á quienes las ha confiado, deberá hacerlas evacuar por las guarniciones para entregarlas con arreglo á lo estipulado. Deberán pagar en buena moneda doce mil talentos áticos (2) en el espacio de doce años por cantidades iguales (cada talento del peso de ochenta libras romanas) y suministrar quinientos cuarenta mil modios de trigo. En el espacio de cinco años pagará al rey Eumeno trescientos cincuenta talentos, y en vez del trigo que le debe, ciento veintisiete talentos, según aprecio. Entregará á los romanos veinte rehenes que se renovarán cada tres años, no teniendo los mas jóvenes menos de diez y ocho años, ni más de cuarenta y cinco los mayores. Si algu-

(1) Las naves llamadas menores eran las más pequeñas de las largas y solamente tenían una fila de remos. Las actuarias tenían menos fuerza aún y carecían de cubierta.

(2) Escipión no había exigido en su tratado más que talentos euboicos, cuyo valor probablemente era menor que el talento ático.

na nación aliada del pueblo romano declara la guerra al rey Antioco, éste podrá rechazar la fuerza con la fuerza, con la obligación de no posesionarse de ninguna ciudad por derecho de conquista, ni contraer ninguna alianza. Las cuestiones deberán dirimirse entre los partidos por las vías jurídicas, y si lo prefieren, por las armas. Anníbal el cartaginés, el etolio Thoas, el acarnanio Mnasiloco, los calcidios Eubilides y Filón quedaban reclamados por condición separada; por otra cláusula se permitían adiciones, supresiones y modificaciones ulteriores sin perjuicio de lo convenido.

El cónsul juró el tratado y envió á Q. Minucio Thermio y á L. Manlio, que había regresado á Oroando, para que recibiesen el juramento del rey; y escribió también á Q. Fabio Labeón, jefe de la flota, para que marchase inmediatamente á Patara para destruir y quemar las naves sirias que se encontrasen allí. Labeón salió de Éfeso y se dirigió á Patara, donde destruyó y quemó cincuenta naves cubiertas. En la misma expedición se apoderó de Telmisio, donde la repentina llegada de la flota había producido espanto; de la Lycia, siguiéndole las naves que había dejado en Éfeso, pasó en seguida desde las islas á Grecia. Detúvose algunos días en Atenas, para que las naves pudieran llegar de Éfeso al Pireo y en seguida tomó con toda la flota el camino de Italia. C. Manlio, entre las otras cosas que debía entregar Antioco, había recibido los elefantes, que regaló al rey Eumeno; ocupándose en seguida de las quejas de las ciudades y de las turbulencias que habían ocasionado las últimas conmociones. El rey Ariarato debió entonces el perdón de la mitad de la cantidad que se le había exigido á la protección de Eumeno, que acababa de casarse con su hija y fué recibido en la amistad del pueblo romano. Examinadas las quejas de las ciudades, los dos comisarios arreglaron su suerte; aquellas que,